



Honorata Taborga y Silvio Comboni. Archivo: Margarita Comboni Amaretti. 2006



Leonardo, Emma y su padre Silvio.



Honorata, Emma, Silvio, y Roberto.

La familia Comboni posa en el jardín de su casa. Archivo: Margarita Comboni Amaretti, 2006.

LOS COMBONI: ENTRE SANTOS Y CONDES

Desplazarse por los acogedores vergeles del valle cochabambino fue, desde siempre, el pretexto ideal para agasajar al espíritu y reconfortar los ánimos exhaustos. La naturaleza que prospera en el ambiente atrapa implacable la atención del viajero ocasional o de aquel que sólo busca un espacio para reacondicionar los pensamientos y descansar de las opresiones rutinarias que trae la vida. Y, si no, basta con preguntarle a esa pareja escandalosa de horneros que revolotea inquieta del piso al poste de luz. Allí construyeron su nido con barro y paja al mejor estilo de las chozas de adobe levantadas por los campesinos del altiplano boliviano. Pero las avecillas de plumaje rojizo no son barullo y espectáculo todo el tiempo, también saben de confidencias humanas y por ello guardan un secreto que pocos conocen. Es más, son testigos discretos de la historia de amor entre un noble italiano y una atractiva viuda cochabambina. Cuentan que un día Silvio Comboni, químico industrial que llegó desde Milán, cabalgaba despreocupado por los atractivos parajes del valle de Mizque, su montura aparentaba ser segura y nada hacía pensar que iba a sufrir un contratiempo. El caballo, conocedor del lugar, trotaba a paso ligero cada vez que el jinete se lo exigía con los estribos. De pronto el animal emitió un relincho desconcertante, los ojos le brotaron rabiosos y sus belfos llenos de saliva espumeante se estiraron flexibles destapando una mueca espeluznante. Enloquecido incomprensiblemente, el caballo arrojó por los aires al extranjero, éste cayó al piso fracturándose uno de los brazos. La ayuda no tardó en llegar y Silvio fue trasladado hasta el pueblo, allí tuvo que reposar hasta que sus heridas cicatrizasen y el brazo afectado mejorase. De no haber sido por la atención esmerada y comedida de una joven viuda, su estancia en aquel villorrio habría transcurrido colmada de tedio y desesperación.

Honorata Taborga, dama cochabambina respetada y conocida en la sociedad de ese entonces, conquistó con celeridad el corazón del infortunado lombardo. Silvio quedó prendado de la belleza y carisma de Honorata y más pronto de lo pensado le propuso matrimonio. La bondadosa viuda no lo pensó dos veces y exaltada por el gozo que le transmitía su corazón le dio el sí un día cálido de 1911. De esta unión nacieron tres hijos: Leopoldo, Emma María y Roberto¹.

Silvio trabajó en su campo con el entusiasmo de haber podido consolidar un hogar en Bolivia. En la ciudad de La Paz, el italiano organizó una fábrica de jabones y ceras satisfaciendo las necesidades de la población local. Durante mucho tiempo estuvo entregado a las exigencias y demandas de su oficio. Su fortaleza y emprendimiento eran consistentes como

¹ Ibid., p.91.

la madera de un roble y no fue hasta 1944 –año en que se produjo su deceso– cuando la energía que irradiaba su espíritu emprendedor se apagó repentinamente. Pero el afable Silvio Comboni, conde De Fantoni, tuvo en Italia un pariente –tío para ser precisos– que no iba a pasar inadvertido ni siquiera ante los ojos del mismísimo Papa.

Daniel, el obispo de Brescia

En torno a la figura de Daniel Comboni se extiende una estela de admiración y respeto consagrados. Y es que el obispo de Limone obtuvo después de muerto recompensas impensadas gracias a su orientación altruista cuando todavía posaba los pies sobre esta tierra de sonrisas escuetas y lágrimas extensas. Daniel fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 17 de marzo de 1996². Desde esa fecha, el camino hacía su santificación quedó expedito y ahora sólo resta que se erija una imagen suya para que todos los devotos de su causa acudan en masa al templo y, a tiempo de depositar un ramillete de flores, puedan encomendar el alma al benefactor que, un lejano día de 1831 vio la luz en las orillas del lago de Garda.

De carácter inquieto y desafiante, Daniel asumió el liderazgo de una lucha interminable. Él quiso, un buen día, que los distintos pueblos africanos sean protagonistas de su propia historia aceptando la evangelización como un plan divino de reconciliación e integración. Misionero incansable, Daniel fue nombrado como primer obispo efectivo del África Central. Además, pudo fundar la Obra del Buen Pastor para la regeneración del África con la ayuda de las hermanas y los padres “combonianos”. En Italia se lo recuerda con cariño ya que creó infinidad de institutos seculares y pudo impulsar la impresión de la primera revista misionera *Nigrizia*. Con esta publicación buscó afanosamente concienciar a la sociedad italiana sobre la crisis humanitaria que padecía el continente negro. Daniel Comboni en vida hizo mucho por los necesitados y su esfuerzo colmó de gracia y bendición a quienes lo conocieron.

² Ibid., p.90.